
CAMBIOS POLÍTICOS Y SOCIALES EN EUROPA (X)

La población española, en el crecimiento cero

La dinámica demográfica es lenta, pero inexorable. Su transcurso es suave, apenas perceptible pero no por ello son sus efectos menos demoledores. De hecho es una de las escasas parcelas de la realidad social en que la anticipación de lo que va a suceder resulta razonablemente fácil y fiable. Paradójicamente, es también una en la que dicho esfuerzo de previsión menos suele hacerse. Quizá porque los encargados de prever, los gestores de los asuntos colectivos, suelen tener un horizonte temporal de plazo corto-medio (¿cuatro, ocho años?) mientras que los procesos demográficos son de tracto más lento y prolongado. Baste un ejemplo, suficientemente ilustrativo: los estudiantes cuya presencia masiva ha arrasado literalmente nuestra Universidad durante los últimos dos decenios habían nacido dieciocho años antes. No surgieron de pronto de la nada: estaban ya ahí. Año a año



José Juan Toharia (Madrid, 1942) es catedrático de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de obras sobre sociología del derecho y de la población, entre las que caben destacar *¡Pleitos tengas...! Introducción a la cultura legal española* (Madrid, CIS/Siglo XXI, 1987) y *La mitad de la explosión. La población española en perspectiva comparada* (Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989).

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, y La lengua española, hoy. →

se iban acercando al umbral universitario (causando por cierto a su paso no pocos estragos en el sistema educativo primario y secundario que tuvo que malcrecer como pudo para darles acogida). A igualdad de circunstancias (mismo sistema de selectividad, misma tasa de admisión, etc...) no resultaba difícil aventurar lo que se avecinaba y se hubiera por tanto podido evitar lo que ocurrió. No se hizo.

Con igual ceguera nos estamos enfrentando ahora a profundos e importantes procesos demográficos que está experimentando nuestra sociedad. Estamos en medio de una impresionante convulsión poblacional y nadie habla, para nada, de ella.

Ocurre sencillamente que, en la actualidad, España presenta la tendencia de fecundidad más baja del mundo. Al mismo tiempo, la generación nacida entre 1964 y 1974 constituye la más voluminosa de toda nuestra historia: nunca antes hubo, en nuestro país, un número tan grande de veinteañeros. Finalmente, el sector poblacional con una más acusada dinámica de crecimiento en nuestra sociedad es el de los mayores de 65 años: cada vez más gente llega a esa edad, y cada vez más personas viven un número crecientemente amplio de años por encima de la misma.

Estos tres conjuntos de datos configuran, por sí solos, un panorama peculiar. Vienen a decir, en efecto, que España registra-

→ «Cambios políticos y sociales en Europa» es el tema de la serie que se ofrece actualmente, programada con la colaboración del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, organismo que complementa en el campo científico las actividades culturales que desarrolla la Fundación Juan March.

En números anteriores se han publicado ensayos sobre *Hacia una sociedad europea*, por Salvador Giner, director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados, del C.S.I.C., y profesor de la Universidad Pompeu Fabra, de Barcelona; *Imaginando futuros para la Comunidad Política Europea*, por Philippe C. Schmitter, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Stanford (Estados Unidos); *La integración europea y la liberalización de la economía española. Lo que queda por hacer*, por Miguel Ángel Fernández Ordóñez, ex presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia; *Políticas sociales del Estado del bienestar. Entre la continuidad y el cambio*, por Joan Subirats, catedrático de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Autónoma de Barcelona; *Xenofobia ante la inmigración económica*, por Carlota Solé, catedrática de la Universidad Autónoma de Barcelona; *La política exterior alemana iras la unificación*, por Karl Kaiser, catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Bonn (Alemania); *El neoliberalismo en la Europa Occidental: un balance*, por Vincent Wright, fellow del Nuffield College, de Oxford (Inglaterra); *Las democracias europeas ante el desafío terrorista*, por Fernando Reinares, catedrático «Jean Monnet» de Estudios Europeos de la Universidad Nacional de Educación a Distancia; y *El descontento político en las sociedades informadas de Europa*, por Rafael López Pintor, catedrático y director del departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid.

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

LA POBLACIÓN ESPAÑOLA, EN EL CRECIMIENTO CERO

ba no hace mucho un nivel apreciable de fecundidad, uno de los más altos de Europa; que luego esa fecundidad cayó literalmente

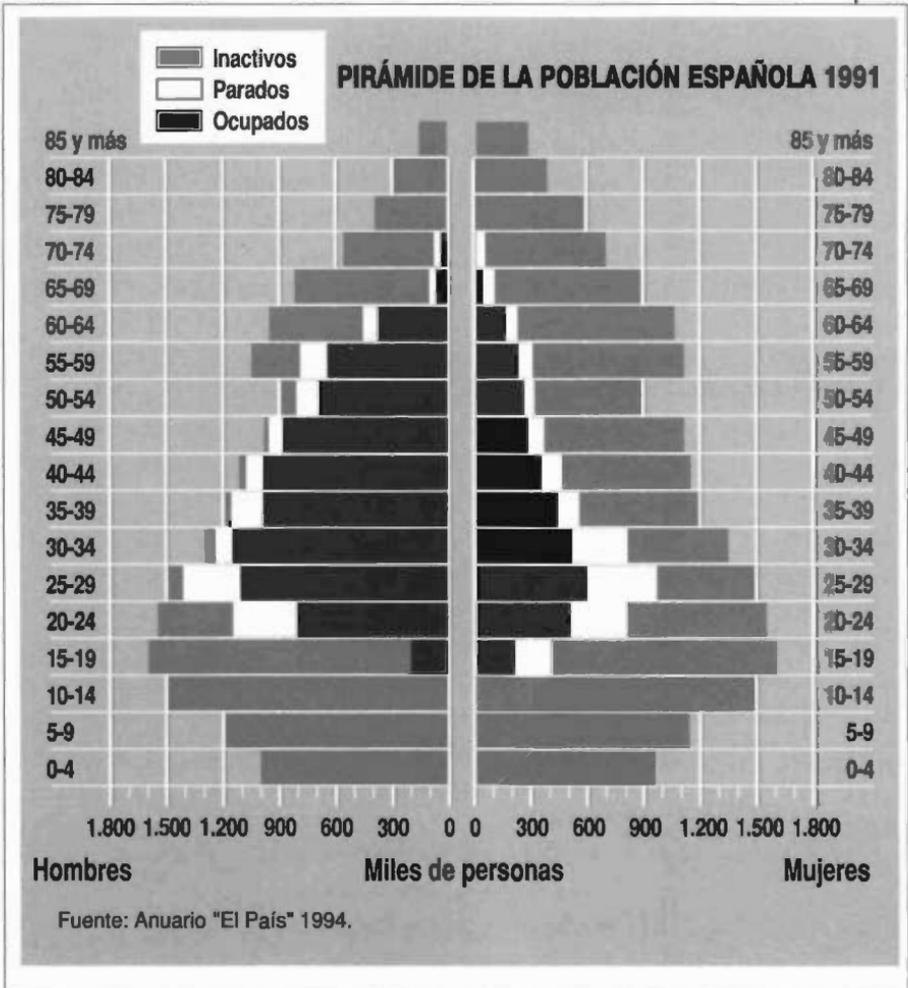
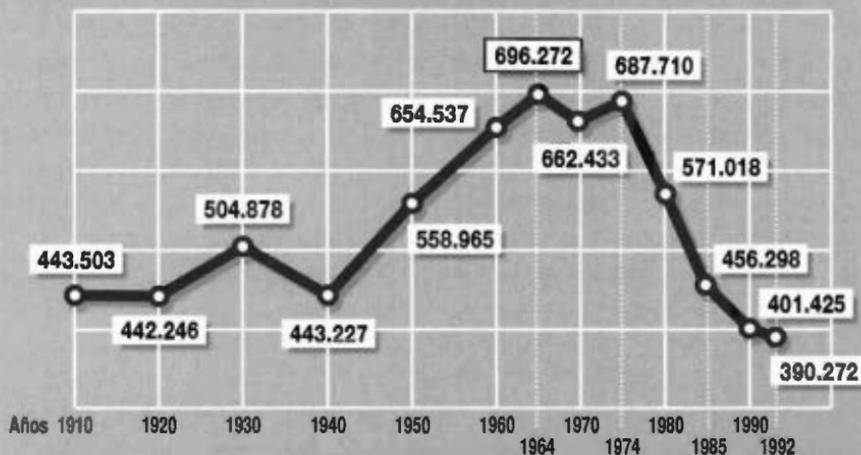


Gráfico 1

en picado alcanzando mínimos históricos mundiales apenas dos decenios más tarde; y que entretanto, y como resultado combinado de la caída de la fecundidad y del generalizado alargamiento de la vida, nuestra sociedad ha experimentado un apreciable, y

en creciente aceleración, proceso de envejecimiento. El resultado es una peculiar composición por edad de la población española, que presenta un perfil que guarda semejanza con un fuelle de un acordeón, cuando la mayoría de los países de nuestro entorno europeo tienden a presentar ya estructuras de edad prácticamente rectangulares (o en forma de rascacielos), indicativas de una situación de estabilización demográfica en la que a cada grupo de edad le corresponde el mismo, o muy similar, peso proporcional que a cada uno de los restantes. Tenemos en España pocos niños, pero muchos jóvenes, contingentes moderados de personas de edades medias y cada vez más personas de edades

NÚMERO DE PERSONAS NACIDAS EN ESPAÑA



Fuente: Hasta 1960, *Estadísticas básicas de España* (Madrid, Confederación Española, de Cajas de Ahorro, 1975); fechas posteriores, I.N.E., *Movimiento natural de la población* (varios años).

Gráfico 2

altas (Véase gráfico 1).

Pero vayamos por partes. ¿Qué ha ocurrido, en primer lugar, con la fecundidad en España? Ha seguido una evolución sorprendente, cayendo aun más abruptamente de lo esperado en ninguna proyección. Los datos no dejan lugar a dudas: en 1992

LA POBLACIÓN ESPAÑOLA, EN EL CRECIMIENTO CERO

(última fecha para la que se dispone de datos) nacieron en España 390.272 personas, la cifra más baja de todo este siglo. Como puede verse en el gráfico 2, en 1910 se produjeron en nuestro país 443.503 nacimientos (siendo así que entonces nuestra población total era algo menos de la mitad de la actual). Desde 1910 la cifra de nacimientos creció regularmente, alcanzando sus niveles máximos en el período comprendido entre 1964 (en que se registra el récord histórico con 696.272 nacimientos) y 1974 (en que se registra la segunda cifra más elevada de nuestra historia poblacional: 687.710 nacimientos). Es decir, veinte años después el total de nacimientos ha quedado reducido al 57% de lo que era, es decir, prácticamente a la mitad. Expresado en términos relativos, esto implica que nuestro país ha pasado de una tasa bruta de natalidad (número de nacidos por cada mil habitantes) de 21,1 en 1965, a otra de 19,6 en 1974, a otra de 12,3 en 1984 y a otra, finalmente, de tan sólo 10,0 en 1992. El resultado es que de forma mucho más abrupta y temprana de lo por nadie esperado hemos alcanzado el crecimiento vegetativo cero. El crecimiento vegetativo (CV) se mide restando, año a año, la tasa bruta de mortalidad de la de natalidad: así en 1974 nuestro CV era del 1,11%, es decir, nuestra natalidad (19,6 por mil, o 1,96 por cien) era claramente superior a nuestra mortalidad (8,5 por mil o 0,85 por cien); ello equivalía a decir que, de mantenerse incambiado dicho crecimiento vegetativo, la población se duplicaría cada 64 años. En 1984 el crecimiento vegetativo quedó en un 0,5% (lo que implicaba un tiempo teórico de duplicación de la población de 140 años); en 1992 el crecimiento vegetativo es de tan sólo un 0,15%, es decir, ya prácticamente nulo.

Una forma más refinada de evaluar la dinámica reproductiva se basa en la consideración de la tasa de fecundidad total (también denominada índice sintético de fecundidad o número teórico de hijos por mujer). La tasa de fecundidad total (TFT) expresa el número de hijos que *nacerían* a cada mujer si cada una de ellas completase su etapa fecunda (por convención, entre los 15 y 49 años de edad) teniendo hijos en la misma proporción en que los tienen las mujeres de los distintos grupos de edad en un año determinado. La TFT no supone así una predicción de lo que va

a ocurrir: simplemente constituye una *medida de equivalencia*. Nos indica a qué equivaldría (expresado en número medio de hijos por mujer) el nivel de fecundidad existente en un momento dado en una sociedad de mantenerse constantes, incambiadas, las actuales tasas de fecundidad registradas entre las mujeres de los distintos grupos de edad. Así, una TFT de 2,1 hijos por mujer indica que de mantenerse inalterada en el futuro la fecundidad actual, cada mujer tendría, en promedio, 2,1 hijos (cifra ésta que, convencionalmente, se considera equivalente a un nivel de reemplazo: con una fecundidad estable de este orden la población ni crecería ni menguaría). Pues bien, en 1975 España tenía una TFT de 2,76 hijos por mujer, la segunda más alta (detrás de Irlanda) de lo que es hoy la Europa Comunitaria. En 1987 nuestra TFT pasó a ser de 1,70, y eso nos situó ya entre el grupo de países comunitarios con fecundidad más baja. Tan sólo cinco años más tarde, en 1992, la TFT española ha pasado a ser la más baja del mundo (junto a Hong Kong), con tan sólo 1,3 hijos por mujer. O lo que es igual: no sólo nuestra fecundidad real está disminuyendo (como se deduce de la caída en la cifra de nacimientos), sino que la dinámica reproductiva subyacente a dicha caída equivaldría, de mantenerse de forma permanente, al nacimiento de sólo 1,3 hijos por mujer; o lo que es igual, a que cada nueva generación fuese un 35% más pequeña que la anterior.

Abrupta caída de la fecundidad

Sin duda tras esta espectacularmente abrupta caída de la fecundidad, que en mi conocimiento no tiene precedente comparable, se esconden factores muy diversos. Por un lado, ciertamente, hay un cambio en los valores sociales respecto a la reproducción y al tamaño familiar; pero sin duda también existe una fecundidad remansada, pospuesta, y que en tiempo no muy lejano puede salir a la luz y originar una apreciable recuperación de nuestros niveles de natalidad. Ello daría lugar a un nuevo ensanchamiento, por la base, de la estructura de edad de nuestra población, contribuyendo a «acordeonizarla» aun más. Para la

LA POBLACIÓN ESPAÑOLA, EN EL CRECIMIENTO CERO

eficiente planificación de los recursos colectivos una población «acordeonizada» (es decir, integrada por una sucesión de generaciones de distinto tamaño) puede constituir, qué duda cabe, una auténtica pesadilla: periódicamente sobrarán y faltarán plazas escolares, se endurecerá o flexibilizará la tasa de reemplazo laboral, sobrarán o faltarán servicios para las personas de mayor edad. Hasta que nuestra población se estabilice definitivamente, «rectangulizando» su estructura de edad, nuestra organización económico-social habrá de experimentar, inevitablemente, turbulencias de origen demográfico a las que convendría ir ya preparándose.

En el contexto europeo, España siempre ha constituido, en el terreno demográfico, un caso especial. Nuestra dinámica demográfica global (transición de alta a baja natalidad, de alta a baja mortalidad) es la misma que la experimentada por países como Francia, Italia o Bélgica. Lo que nos ha diferenciado ha sido el *tempo* (más rezagado) y el ritmo (más espasmódico) de tales transiciones. España completa su transición demográfica (de altos a bajos niveles de fecundidad y mortalidad) más tardía y accidentadamente que, por ejemplo, Suecia, Bélgica o Italia. La principal expansión poblacional de nuestro país tiene lugar en las décadas de 1960 y 1970, justamente cuando la mayoría de los países europeos ya habían dejado prácticamente de crecer, habiendo experimentado su gran ensanchamiento poblacional más de medio siglo antes.

Pero si tenemos pocos y, por ahora, cada vez menos niños, contamos en cambio con muchos jóvenes: los nacidos en los sesenta y setenta, que ahora pugnan por integrarse en el mercado laboral. No pueden hacerlo en condiciones más adversas. Por un lado, el crecimiento de la economía española en los últimos quince años no ha permitido generar empleo neto suficiente para acogerles. Por otro lado, el cada vez mayor control sobre la mortalidad se traduce en la práctica inexistencia de bajas por defunción en el mercado laboral antes de la edad de jubilación. El único camino de integración en la población ocupada que queda así abierto a los jóvenes es el reemplazo generacional, algo que, a su vez, les es claramente desfavorable (aunque cada vez menos):

la relación de relevo laboral era en 1990 de 1,51 (es decir, había 1,51 jóvenes de 15 a 24 años de edad por cada adulto de 55 a 64 años). En el futuro, la actual radical desaceleración del ritmo de crecimiento de los efectivos poblacionales más jóvenes dará lugar a una considerable mejora de esta relación de relevo laboral. Pero eso de poco consuelo ha de servir a nuestros actuales veinteañeros, condenados por el estancamiento de la economía y por su propio voluminoso número a una expectativa de desempleo excepcionalmente elevado.

Envejecimiento de la población

La caída de la fecundidad implica, lógicamente, que los grupos de edad más jóvenes adquieran un peso proporcional progresivamente menor sobre el total de la población. Es decir, contribuye al envejecimiento de la población. Éste se deriva fundamentalmente, sin embargo, de otro factor: del alargamiento de la vida originado por la existencia de niveles bajos de mortalidad. El envejecimiento poblacional constituye en realidad una buena noticia que, paradójicamente, suena a todo lo contrario. Que una población envejezca significa sencillamente que prácticamente todo el mundo llega vivo a edades altas, y cada vez más altas: algo sin duda positivo. Lo cual no quiere decir que el envejecimiento demográfico no conlleve problemas o costes de muy distinta índole (una sociedad en trance de envejecimiento experimenta problemas y disfunciones nunca antes conocidos, susceptibles de generar confusión, recelo y aun añoranza de los «buenos viejos tiempos» cuando una demografía expansiva mantenía a la sociedad joven). En todo caso no conviene olvidar que todas las sociedades están abocadas, irremisiblemente, a experimentar antes o después los problemas del envejecimiento poblacional, característicos de una sociedad demográficamente estabilizada. Sólo una sociedad cuya población creciera indefinidamente (manteniendo, por tanto, un mayor peso relativo de los grupos de edad más bajos) escaparía a los problemas –por lo demás transitorios– del envejecimiento, pero al coste de la inmane-

LA POBLACIÓN ESPAÑOLA, EN EL CRECIMIENTO CERO

jabilidad que su tamaño acabaría suponiendo: el remedio terminaría siendo peor que la enfermedad.

España, pues, envejece, lo cual es normal dada nuestra situación socio-económica; pero lo hace a mayor velocidad de lo esperado. Nuestra tasa de envejecimiento (porcentaje que representan los mayores de 65 años sobre los menores de 15) era de 15,5 en 1900 (es decir, en ese año había 15,5 personas mayores de 65 años por cada 100 menores de 15); pasó a ser de 21,8 en 1940; de 31,1 en 1960; de 43 en 1981; de 71,5 en 1991; y ha llegado

ni más ni menos que a 74 en 1994. La caída espectacular de la natalidad explica el brusco acercamiento, en apenas decenio y medio, del peso relativo correspondiente a la población menor de 15 años y mayor de 65.

Pero ocurre que, paralelamente, los niveles de mortalidad que experimenta nuestra sociedad van progresivamente dismi-

EVOLUCIÓN DE LA ESPERANZA DE VIDA EN ESPAÑA, 1900-1990
Ambos sexos

Edad	Supervivientes en cada edad de una hipotética cohorte inicial de 100.000 personas		Esperanza de vida al nacer y al cumplir cada una de las edades siguientes	
	1900	1990	1900	1990
0	10.000	100.000	34,76	76,94
1	79.877	99.219	42,38	76,55
5	63.389	99.037	49,32	72,68
10	60.389	98.920	46,45	67,77
15	59.020	98.794	42,47	62,85
20	57.004	98.474	38,87	58,05
25	54.181	97.971	35,76	53,33
30	51.367	97.386	32,59	48,64
35	48.703	96.774	29,24	43,93
40	46.111	96.100	25,74	39,22
45	43.491	95.174	22,14	34,57
50	40.551	93.849	18,56	30,02
55	36.907	91.684	15,13	25,67
60	32.200	88.558	11,96	21,48
65	26.181	83.938	9,12	17,52
71	18.843	77.082	6,67	13,84
75	10.848	67.062	4,74	10,51
80	4.322	52.527	3,40	7,69
85	1.043	34.145	2,46	5,46
90	127	16.443	1,78	3,74
95+	6	5.002	1,17	2,10

Fuente: Para 1900, INE, *Tablas de Mortalidad*.
Para 1990, INE, *Anuario Estadístico 1994*.

Tabla 1

nuendo. La esperanza de vida se ha más que duplicado en España a lo largo de este siglo, alcanzando en la actualidad los 76,94 años. La esperanza de vida no constituye ni una predicción de lo que va a vivir una determinada generación, ni una descripción de la edad media de defunción en un año determinado. Constituye, una vez más, una medida de equivalencia: nos dice a qué equivale (en número medio de años de vida) la existencia de unos determinados niveles de mortalidad. Así, hablar de una esperanza de vida al nacer de 76,94 años en España en 1990 no es sino decir que de mantenerse indefinidamente constantes e incambiables los niveles de mortalidad encontrables en cada grupo de edad en nuestro país en dicha fecha, la duración media de la vida (o edad media de defunción) de la población sería de 76,94 años. O lo que es igual: el nivel de mortalidad existente en 1990 en España equivale a una situación en que por término medio se vivirían 76,94 años. Pues bien, con los actuales niveles de mortalidad, una persona tiene un 84% de probabilidades de llegar viva a los 65 años, y un 52,5% de seguir con vida a los 80 años. Sencillamente, con los actuales niveles de mortalidad casi el 84% de cada generación llegaría a la edad convencional de jubilación. Y a partir de ese momento le quedaría aún en promedio por vivir 17,5 años más. A los 85 años seguiría viva algo más de la tercera parte de la generación inicial, y a los 90, la sexta parte (véase tabla 1).

Así las cosas, resulta sorprendente la falta de debate en nuestra sociedad sobre cuestiones de tanta trascendencia. No puede, por ejemplo, dejar de llamar la atención el voluntarismo con que se afirma que no corre peligro el actual sistema de pensiones (un sistema de reparto, no de capitalización), sin mayor mención a la realidad demográfica subyacente, como si la sola y enfática negación del problema (a saber, el disparado crecimiento de la población pasiva, cara negra en lo económico del feliz hecho del generalizado alargamiento de la vida) bastase sin más para conjurarlo. Una vez más la hipnosis por el corto plazo corre el riesgo de no dejarnos percibir la estructura y magnitud de la marea demográfica en que inexorablemente estamos inmersos. □